

atrás como la sagrada Escritura dice, que Salomon, con su indigno proceder, *puso mancha en su gloria*, es decir, manchó su celebridad y la fama de su prudencia y su sabiduría con la liviandad de su vejez.

Y con esto hemos terminado la breve declaracion de los efectos del vicio abyecto, contenidos en los versos respectivos de san Antonio de Padua, citados al principio por el P. Arbiol, que no insistió en su explicacion ordenada y uniforme.

## CAPÍTULO XV.

*Remedios contra la liviandad. — Primero: resistir á los principios. — Segundo: amar la castidad. — Tercero: huir las ocasiones. — Cuarto: mortificar la carne y los sentidos. — Quinto: practicar la oracion y leccion. — Sexto: tener devocion con la santísima Virgen. — Septimo: recordar los novísimos. — Octavo: frecuentar los sacramentos de la confesion y comunion.*

Aunque el vicio de la lujuria es tan poderoso para pervertir á las almas; pero la divina bondad ha preparado auxilios y remedios para que se preserven ó se curen de su pestilente contagio, si los pecadores cooperan poniendo de su parte lo que les toca. Ocho son los mas principales medios que señalan los santos Doctores; y serán la materia de este capítulo.

1.º El primero es, resistir la tentacion á los

principios. Las tentaciones nacen las mas veces de la carne regalada, briosa y desenfrenada; otras, aunque esté débil y mortificada, vienen del demonio que las suscita, como en san Benito y en san Jerónimo; otras del trato y comercio del mundo con los mil incentivos que en él reinan. Pero, sea cual fuese la causa de las tentaciones impuras, el primer remedio y muy oportuno es resistir á los principios. San Gregorio, Papa, enseña que la tentacion comienza con la sugestion, de la cual sigue la delectacion, que se consume en el consentimiento; y el remedio más conveniente es cerrar la puerta á la sugestion, para que no pase adelante. *Quando el enemigo es pequeño, dale muerte*, dice san Jerónimo, *y de este modo la tentacion se extirpará en su simiente* (Hieron. Epist. ad Heust.). La medicina dada á tiempo, aprovecha y cura; fuera de tiempo poco ó nada vale, de ahí aquel aforismo tan verdadero en las enfermedades del alma, como en las del cuerpo: «Resiste á los principios, tarde se previene la medicina, si el mal ha cobrado fuerzas con la dilacion.» El Espiritu Santo dice: *De una sola chispa el fuego recrece* (Eccles. xi, 34); y santo Tomás observa que *un mismo pensamiento, sin reprimirse, puede producir un completo incendio*.

San Cipriano enseña que «se ha de hacer frente á las primeras tentaciones, ni fomentarse la culebra hasta que se transforme en serpiente»

te (*Cypr. lib. de Sejun.*); y el Abad Ruperto, como insistiendo en la misma figura, explica que «la cabeza de esta serpiente es la primera sugestion del pecado, la delectacion es el cuerpo, y el consejo la causa; por lo cual el golpe debe dirigirse á la cabeza.» (*Rupert. lib. 1, in Judic. 7*). Por eso conjurando el santo abad Pacomio al demonio, que se le apareció en forma sensible, respondió: «Si cuando os tentamos, comenzais á dar entrada á nuestras titilaciones, y prende en vuestra alma la sugestion, luego os ponemos mayores incentivos; mas si resistís en los principios, y no nos dais entrada, nuestras fuerzas flaquean y nos desvanecemos como el humo.»

2.º El segundo remedio contra las tentaciones de liviandad, es el amor á la castidad y á la pureza. San Agustín divide la castidad en conyugal, vidual y virginal: buena es (dice) la primera; mejor la segunda; óptima la tercera (*Aug. lib. de Viduit.*). Y san Jerónimo aplica á ellas los premios del trigésimo, sexagésimo y centésimo de la parábola evangélica (*Hier. cap. 13 in Math.*); y cada cual debe amar la especie que le pertenece, pues el amor á esta virtud es remedio contra el vicio que le es opuesto. Este amor preserva al alma de las caídas; le dá fuerzas y la corrobora para que salga victoriosa en la ruda pelea que mueve la carne contra el espíritu, como lo afirma el Espíritu Santo de la

valerosa Judit, en el triunfo que alcanzó del impuro Holofernes: *Has obrado varonilmente, y has confortado tu corazon porque has amado la castidad.*

La castidad es un tesoro que depositó Dios en vasos de barro quebradizos, y es menester gran cuidado y vigilancia para conservarlo y defenderlo de las continuas asechanzas con que le asaltan los enemigos de fuera, y los de dentro. El que no guarda este tesoro, y lo expone á la vista del peligro, no quiere seguramente conservarlo sino perderlo: «Ser robado apetece quien un tesoro públicamente lleva en un camino,» dice san Gregorio Papa. Y este tesoro, es justamente el arma mas poderosa para su propia defensa, pudiéndose de él entender lo del santo Job: *Acaso has entrado en los tesoros de nieve... que he preparado en el dia de la pelea y del combate (Job. xxxviii, 22)*. Pues la castidad, como una nieve cándida y refrigerante, apagará el fuego horrible y devorador de la impureza.

La castidad preserva de la inmensa multitud de males de que hemos hablado, acarreados por la liviandad; y además hace al alma muchos bienes contrarios á aquellos. «La pureza, dice san Cipriano, es honor de los cuerpos, adorno de las honestas costumbres, santidad de los sexos, vínculo del pudor, paz y concordia de las familias; no busca ornatos ni galas materiales, porque ella es hermosura de sí misma; hácenos

á Dios amables, á Cristo conjuntos; reforma los ilícitos deseos, trae á nuestro cuerpo la paz, es bienaventurada, y nos hace bienaventurados.» (*Cypr. lib. de Disc. et Pudicit.*).

Esta preciosa virtud nos hace á Dios gratos despejando las potencias para el divino conocimiento, y haciendo al alma capaz de los secretos celestiales. Por eso los dos apóstoles vírgenes, san Pablo y san Juan, lograron superiores luces, siendo el uno arrebatado hasta el tercer cielo, y el otro bebiendo altísimos secretos sobre el Corazon adorable de Jesús. La castidad, finalmente, «forma ángeles, y el que la guarda, es un ángel,» dice san Ambrosio (*Lib. 1, de Virginib.*). La sagrada Escritura, que, como se ha observado, no es pródiga de encarecimientos y admiraciones, hace no obstante, admirada, esta bella exclamacion. *¡Oh y cuán bella es la generacion casta, rodeada de claridad! inmortal será su memoria, pues de Dios y de los hombres será conocida* (Sap. iv, 1).

3.º El tercer remedio, principalísimo, es la fuga de las ocasiones. Bien sabido es la prescripcion del Apóstol: *Huid la fornicacion* (I Cor. vi, 18); y el Angélico Doctor, comentando este pasaje, se explica de esta suerte: «Aquí debe notarse que los demás vicios se vencen resistiéndolos; porque cuanto más el hombre va considerando y tratando sus particularidades y detalles, tanto ménos encuentra en ellos mo-

tivo de delectacion, antes más los repugna y rechaza; mas el vicio de la fornicacion no se vence resistiéndolo, porque cuanto más el hombre descende en esta materia á las particularidades, más se va encendiendo; y por eso se vence con la fuga, esto es, evitando totalmente los inmundos pensamientos, y toda clase de ocasiones, por lo cual en Zacarias (II, 6) está escrito: *Huid de la tierra del aquilon, dice el Señor* (Thom. hic. lect. III, in med.). Y lo mismo está mas latamente explicado en aquel libro de oro del *Combate espiritual*, tan apreciado de san Francisco de Sales, que lo trajo por más de diez y ocho años consigo. Allí, pues, dando remedio contra la sensualidad, se dice: «Contra este vicio has de pelear con modo particular, y muy distinto de los otros; y así, para que sepas pelear contra él en breve forma, debes atender las diferencias de los tiempos, que son tres: antes que seamos tentados, cuando somos tentados, y cuando ha pasado ya la tentacion. Antes de la tentacion, la pelea se ha de enderezar contra los objetos que nos ocasionan y motivan la tentacion. Y lo primero, has de pelear, procurando huir de ellos con gran cuidado, y de cualquiera otra persona en quien puedas conocer la menor sombra ó asomo de peligro; y siendo forzoso tal vez comunicar con ella, debes hacerlo con todo acuerdo, con el rostro modesto y grave, y las palabras sean antes ásperas que

demasiadamente blandas y afables. Y no debes fiarte en que tantos años como has gastado, no has sentido ni sientes los estímulos de la carne; porque este maldito vicio suele hacer en una hora, y en un momento, lo que no ha hecho en muchos años, y muchas veces dispone sus máquinas ocultamente, y tanto más daña y hiere de muerte, cuanto más lisongea y procura hacerse ménos sospechoso. Y muchas veces hay más que temer, como en muchas ocasiones lo ha mostrado la experiencia, y lo muestra cada día, cuando la comunicacion se sustenta debajo de pretexto de cosas lícitas, como de parentesco, de cortesía debida, y de alguna virtud que se halla en la persona amada; porque en la demasiada, incauta é imprudente comunicacion, se va mixturando el venenoso deleite sensual, que pasando insensiblemente poco á poco á lo más interior de las almas, vá siempre oscureciendo la razon, de manera que empieza á hacerse poco caso, y á juzgar como nonada las cosas peligrosas, y las palabras de cariño de una á otra parte, y el gusto de la conversacion viene á precipitarse en una conocida ruina, ó por lo menos en una tentacion muy trabajosa y dificultosa de vencer.

Vuelvo á decir que huyais, porque sois una estopa: no os fieis de que la estopa está bien mojada y llena de agua de una voluntad firme y resuelta, dispuesta antes á morir que ofender

á la Majestad divina, porque como la conversacion frecuente es fuego, con su calor va poco á poco enjugando y secando el agua de la buena voluntad que tiene esa estopa, y cuando menos penseis prenderá en ella el fuego, sin respetar á parentesco, ni á amigos, ni á temor de Dios; ni se les dá nada de la honra, ni de la vida, ni de todas las penas del infierno. Por tanto, huye, huye, si no quieres ser desbaratada, presa, y lo que es más, muerta.» Hasta aquí ese precioso libro. Esta doctrina está conforme con la de los Santos. San Agustín dice: «Contra el impetu de la liviandad, emprende la fuga, si quieres obtener la victoria.» (*Aug. Serm.* 250). San Jerónimo: «En esta guerra, los cobardes vencen,» es decir, los que vuelven las espaldas. Y el mismo Espíritu Santo, como vimos, dice: *El que agrada á Dios huirá de ella, de la mujer* (*Eccles.* vii. 27).

4.º El cuarto medio es la mortificacion de la carne y de las potencias y sentidos, medio no sólo útil, sino preciso y necesario, porque, como advierte san Gregorio, poco aprovechará vencer á los enemigos de fuera con la resistencia ó con la fuga, si dentro de los muros de la ciudad hay enemigos domésticos que la entregan, entendiéndose con los contrarios que la cercan y asaltan (*Gregor. in. cap.* 39, *Job.*) El traidor más poderoso, contra quien debemos vigilar y observar sus movimientos, es nuestra

propia carne, que, desde que se rebeló contra el espíritu, apetece el bien puramente deleitable que la pierde, y aborrece el bien honesto que le aprovecha. De sí mismo dice el Apóstol, experimentado en estas batallas, que castigaba su cuerpo, y lo reducía á la servidumbre (*I Cor. vi, 27*): no hay que esperar que la razón lo convenza, ni que le haga fuerza el precepto de su señor y dueño; es esclavo rebelde, que no obra sino por temor del azote y del castigo. *Al siervo malévolo, tortura y grillos*, dice la sagrada Escritura (*Eccles. xxx, 28*); y por el contrario: *El que nutre con delicadeza á su siervo, despues lo experimentará contumaz* (*Prov. xxix, 21*).

Como la liviandad tiene su asiento en la gula, débese mortificar la carne con la abstinencia y el ayuno, para que no recalitre y se precipite al torpe apetito. El Angélico Doctor reparó que el apóstol san Pablo pone á la castidad como fruto y efecto de la mortificación cuando dice: «En trabajos, en vigiliás, en ayunos, en castidad.» (*II Cor. vi, 7*). «Trata inmediatamente de la castidad, dice el Santo, despues de las vigiliás y ayunos, porque el que quiera tener la virtud de la castidad, es necesario que se dé á los trabajos, que insista en las vigiliás, y que macere la carne con los ayunos.» (*Thom. in hunc. loc.*). «Con la saciedad anda siempre la lascivia,» nota san Jerónimo (*Epist.*

*34, ad. Julian*), y por eso quitando ese pábulo cesa aquel incendio como dice Salomon en los Proverbios: «Cuando los leños faltan, extingui-ráse el fuego.» (*Prov. xxvi, 20*). El campo que no se cultiva y labra con el arado, produce espinas y abrojos, decia san Nilo, y era dicho también de santa Teresa de Jesús.

En la guarda de los sentidos debemos ser muy precavidos, pues son las ventanas por donde sube la muerte y se introduce á nuestras casas, como dice Jeremías (*ix, 21*). El primer sentido que debemos guardar es la vista; por ver Eva el fruto vedado, tuvo principio nuestra ruina; por poner el príncipe de Siquem los ojos en Dina, atrajo la ruina de su pueblo; por mirar la esposa de Putifar á José, llegó á tan horrible descaro; por mirar Amnon á Tamar, se siguió tan grande escándalo en Israel. Estos ejemplos en que abundan las santas Escrituras persuaden con eficacia, que el que desee guardar la limpieza del alma, ha de ser cuidadoso en precaver los peligros de la vista. Mas veamos cómo discurre el angélico Maestro en el particular. Sobre un célebre texto de Job, diserta así: «Lo primero en el pecado de lujuria es el aspecto de los ojos con que se miró la mujer hermosa, y principalmente la doncella; lo segundo es el pensamiento; lo tercero la delectación; lo cuarto el consentimiento; lo último, la obra. Queriendo pues, Job, excluir los

principios de este pecado, para no ser envuelto en él, dice: *Formé alianza*, es decir, afirmé en mi corazón, como se afirman los pactos; *con mis ojos*, por cuyo mirar se llega á la concupiscencia de la mujer; *para ni aun pensar en la doncella*, esto es, no tocar ni el primer grado interior que es el pensamiento, pues veía ser difícil, cayendo en el primero, escapar de los demás, que son la delectación y el consentimiento.» (*In Eposit. Job. xxxi, lect. 1*).

El segundo sentido ó conducto por donde introduce Satanás el fuego de la lascivia es el oído; por lo cual debe también guardarse con cautela: *Cerca tus oídos con espigas, y á la mala lengua no quieras oír*, dice el Espíritu Santo (*Eccles. xxxiii, 28*). El no cerrar los oídos á palabras y conversaciones de mujeres, es inminente peligro de la castidad, aun cuando la conversación sea honesta; por lo cual san Pablo decía: *El enseñar, no lo permito á la mujer* (I *Timoth. ii, 12*), y esto aun cuando fuese buena é instruida, y la razón la dá santo Tomás explicando esas mismas palabras: *quia verba mulieris sunt inflammantia*, porque las palabras de la mujer inflaman y abrasan. Pues si hay peligro en oírles cosas buenas y útiles, ¿qué será oírles cantar cosas profanas y amatorias en los saraos y bailes que tanto se han introducido en las públicas costumbres?

Del tacto, poco hay que decir, pues es como

la sede de la liviandad é inmundicia, y por eso dice la Escritura: *Quien toca á la mujer, es como el que coje al escorpión*» (*Eccles. xxvi, 10*); y en figura también se advierte que *el que tocara á la pez, se manchará con ella* (*Eccli. xiii, 1*). Y de estos tres sentidos decía santa Teresa: «Si quieres ser casto, guarda la vista, el oído y el tacto.» Del gusto dijimos hablando de la gula. Del olfato, aunque es el menos peligroso, dice no obstante el Crisóstomo: «La fragancia del cuerpo, arguye que en el interior se aposenta un ánimo inundo y pestilente.» (*Serm. i, Lazar.*).

5.º El quinto medio es la oración y lección devota; y éstas tienen el primer lugar en los defensivos de la lujuria, pues con ellas se arma el cristiano para resistir los asaltos de tan poderoso enemigo. Los israelitas en el desierto vencieron fácilmente á sus enemigos; sólo al pelear contra Amalec fué necesaria la oración de Moisés: cuando oraba, levantando las manos, vencía Israel; si las bajaba, remitiendo el fervor de su oración, superaba Amalec (*Exod. xvii, 11*). Véase la explicación que de esto dá san Gregorio: «¿Qué es la causa que contra los otros peleó Moisés con sólo las armas, más contra Amalec además de las armas necesitó la virtud de la oración? La razón es que aquí se nos muestra el gran combate de la lascivia, que solo puede superarse con tanta dificultad y tan grande

virtud. La oracion, es, pues, una arma indispensable en la batalla contra este vicio.» (*Gregor. lib. 6, c. 1, in I Reg. cap. 11*). El Apóstol san Pablo á este firmísimo auxilio de la oracion recurria contra esta clase de tentaciones (*II Cor. xii*); y el Sábio asegura que nadie puede ser continente si Dios no lo dá. (*Sap. viii, 21*).

Todo lo alcanza y vence la oracion humilde y fervorosa; la oracion derribó los muros de Jericó, y convirtió á Rahab, mujer perdida; la oracion de Pablo y Silas hizo temblar la cárcel y rompió las cadenas de los presos; la oracion de los discípulos libertó al Príncipe de los Apóstoles; la oracion de Daniel cerró la boca de los leones; la oracion sacó ilesos de las llamas á los tres niños echados al horno de Babilonia; la oracion dió á Judit la victoria; y finalmente la oracion alcanzará cuanto pidiere, como dice Jesucristo (*Marc. xi*). Pues si ella es tan poderosa en todos los trabajos, angustias y tentaciones, armémonos con este poderoso escudo, manejemos esta arma celestial, para salir de la cárcel de la ocasion, para cerrar la boca al leon de la lascivia, y para apagar las llamas en el horno de la concupiscencia y derribar los muros de las tentaciones. Lo mismo debe decirse de la leccion de las santas Escrituras, cuyas palabras son: *Palabras del Señor, palabras castas, como plata probada por el fuego y muchas*

*veces purificada* (*Psalm. xi, 7, 11*). Mas acerca de la oracion y de la leccion mucho hay escrito para direccion y enseñanza del cristiano.

6.º El sexto medio es la devocion y recurso á la Virgen María, especialmente en el misterio de su purísima Concepcion. San Buenaventura afirma que la soberana Reina ama y favorece á todos los que con deseo de ser castos se acogen á su amparo. Á todos invita como árbol celestial, diciendo: *Pasad á mi todos los que me apeleceis... que mis flores son frutos de honor y de honestidad* (*Eccles. xxiv, 26*). San Ambrosio escribe que la Virgen María, no sólo fué purísima sino que comunicaba la castidad y pureza á cuantos la miraban (*Ambr. De Instit. virg. cap. 7*), y lo mismo hace ahora desde el cielo con los que acuden á su patrocinio. De san Edmundo, Arzobispo cantuariense se lee, que combatido fuertemente de la liviandad, se acogió á María santísima, y puso en el dedo de una imágen suya un anillo que llevaba, y volviéndolo á tomar lo trajo en su dedo en señal de fidelidad, siendo este remedio tan poderoso, que aunque fué terriblemente combatido por el demonio, y muy solicitado de perversas criaturas, salió siempre triunfante conservando toda su vida la pureza de alma y cuerpo. De san Bernardino de Sena escribe san Antonio, que logró singulares triunfos en la virtud de la castidad con la proteccion de María santísima. San-

ta Justina se halló muy afligida en los combates de la castidad, cuando el mago Cipriano por medio del demonio le hacia terrible guerra; pero invocando la santa jóven el patrocinio de María santísima, no solo salió victoriosa, sino que ganó para Dios al turbador de su corazón, el que juntamente con santa Justina padeció despues el martirio. De semejantes hechos están llenas las Vidas de los Santos.

El Pontífice Inocencio III escribe, que «todo el que sienta la impugnacion de los enemigos, ya del mundo, ó de la carne, ó del demonio, mire el escuadron de batallones ordenado, solicite la ayuda de María, y ella, por su Hijo, enviará desde el santuario el auxilio, y desde Sion guardará.» (*Innoc. III, serm. de Assumpt.*).

En figura de esto, dos veces pelearon los hijos de Israel contra la tribu de Benjamin, para castigar la espantosa liviandad de que en ella se habian hecho culpables; y en ambas fueron vencidos; pero cuando salieron la tercera vez favorecidos con el arca de la alianza, entonces quedaron vencedores y triunfantes, para significar que no tenemos seguridad de obtener la victoria en los combates contra la carne, mientras no tengamos de nuestra parte á la que saludamos en sus Letanias con el mismo nombre de Arca de la alianza, María, Señora nuestra. Compárase tambien con el cedro y con la mirra, cuando la Iglesia en el Oficio Parvo

le aplica estas palabras: *Como el cedro he sido exaltada en el Libano; como la mirra escogida he exhalado olor de suavidad.*» (*Eccles. xxiv, 17 et 20*) sobre cuyas palabras dice un piadoso autor: «Compárase á la mirra y al cedro, porque así como el olor de la mirra destierra á los gusanos, y el del cedro á las serpientes, así el olor de su virginidad destierra y arroja de los corazones los apetitos y pasiones brutales.» (*De Bust. Serm. 4, de Virg. Mar.*).

Especialmente la devocion á la Purísima Concepcion de nuestra Señora, tiene particular virtud contra la impureza, y el P. Maestro Avila, en el capitulo 14 del *Audi filia*, dice haber visto provechos notables, por medio de esa devocion, en personas molestadas de tentaciones impuras. Y hoy, estendidísima esa devocion despues de la declaracion dogmática de ese misterio, y de la aparicion de la santísima Virgen en Lourdes, ha venido á ser su remedio específico, universalísimo y casi infalible en esa materia. (Véase la nota).

7.º El séptimo medio propuesto, es la memoria y consideracion de los novísimos, acerca de los cuales dice la santa Escritura: *Acuérdate de los novísimos, y jamás pecarás* (*Eccles. vii, 40*). Y aunque es remedio contra todos los pecados, porque refrena las pasiones y apetitos desordenados, pero en particular contra la liviandad, es medicina eficazísima y muy experimentada.



Así dice el Seráfico Doctor san Buenaventura: «La concupiscencia de los ojos la desprecia el pecador cuando piensa que se ha de convertir en polvo; la de la carne la reprime y supedita cuando se acuerda que ha de ser pasto de gusanos; y la soberbia de la vida la humilla, cuando reflexiona que el que quiso dominar á todos, ha de ser colocado bajo los piés de todos en el sepulcro.» (*Bonav. Dialog. salut. tit. 7, cap. 5*). San Gregorio escribe que «nada vale tanto para domar el apetito de los deseos carnales como el pensar qué será despues de muerto aquel objeto que en vida nos seduce;» (*Gregor. Moral. lib. 16, cap. 19*) y de sí mismo confiesa san Agustín que nada lo arrancaba del golfo profundo de los carnales deleites en que sumergido se hallaba, como el temor de la muerte y del juicio futuro (*Serm. 7 de temp.*). Del glorioso atleta san Antonio Abad escribe san Atanasio en su vida que, tentado por el demonio con variadas y horrendas representaciones deshonestas, el Santo «oponia á la liviandad sugerida los gusanos dolorosos y las llamas vengadoras del abismo.» (*Vit. Ant. cap. iv*). San Bernardo habla así al pecador: «Si el amor del Señor no te contiene, ni logra refrenarte, por lo ménos conténgante el temor del juicio, el miedo del infierno, los lazos de la muerte, los dolores infernales, aquel fuego abrasador, aquel gusano que por toda la eternidad ha de roer tu

alma y cuerpo, aquel hediondo azufre, aquella llama inextinguible y todos los males que allí están epilogados (*De Inten. Dom. c. 36*).

Nota Alarino que el horrible ardor de la liviandad muy justamente se castiga con el horrible ardor de las llamas infernales, y el Abad Guerrico dice que á los impuros «acabará por devorarlos el último fuego del infierno, que comenzaron á encender con sus obras de lujuria.» (*Serm. de Purific.*).

El último medio es la frecuencia de los santos Sacramentos. En ellos nos dejó Cristo la más sana, eficaz y segura medicina para remedio de todos nuestros males, porque, como dice el Tridentino, por ellos comienza la justificación, ó comenzada, se aumenta, ó perdida se recobra. Y muy especialmente la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía es poderoso remedio contra el vicio de la torpeza. *No te confundas en confesar tus pecados*, dice el Sábio (*Eccles. iv, 91*), confiándolos con una confesion humilde y vergonzosa de haberlos cometido, pues esto es una santa venganza que te traerá la paz del alma, dice san Bernardo (*Serm. ad Milit. templ., cap. 12*). Nada pudo el Rey de Siria con todo su ejército contra el Rey de Israel, porque el profeta Eliseo dió á éste noticia de todas las asechanzas del enemigo (*IV Reg., c. 6*); así el demonio nada podrá hacer contra tí con todas sus asechanzas y suges-

tiones si tú las manifiestas á tu confesor, porque además de la gracia del sacramento, él, con sus santos consejos y amonestaciones, te ayudará á resistir y á vencer la sugestion y la torpeza. Casiano escribe de una alma molesta-dísima en esta materia, pero que siempre que volvía la tentacion acudia á su confesor, por cuyo medio logró la más completa victoria.

El sacramento de la Eucaristía, es tambien antidoto y febrifugo de la sensualidad; porque, como dijo san Cirilo, cuando recibimos á la Majestad de Cristo, pacifica y refrena la ley de la concupiscencia, que reside en nuestros miembros; corrobora la piedad y extingue las inquietas perturbaciones del ánimo (*Lib. iv, in Joan., cap. xvii*). Del augustísimo Sacramento habla Zacarías cuando pregunta: *¿Qué cosa es su bien, y qué su hermosura?* y responde: *El trigo de los escogidos y el vino que germina vírgenes* (*Zach. ix, 17*): una version dice: *que hace cantar á las vírgenes*; porque este divino Sacramento dá á la castidad tan poderosas armas, que aun antes del combate ya puede cantar la victoria. Al profeta Elías, huyendo de la cruel y torpe Jezabel, le corroboró y dió fuerzas un pan, figura de la Eucaristía. Las aguas del Jordan se detuvieron luego que entró en el rio el arca de la alianza, y así se detienen las tentaciones al entrar la santa Comunion en nuestro pecho. Solamente que es necesario frecuentar estas ar-

mas de estos sacramentos, pues David no osaba salir á campaña contra el gigante con las armas de Saul, aunque eran muy firmes y seguras, porque no estaba á ellas acostumbrado. El Señor nos conceda sus soberanos auxilios para frecuentar sus santos Sacramentos, y por su virtud alcanzar la vida eterna. Amen.